

DAMAS, CASTILLOS Y HIERBAS HELEADAS

Gerónimo Pérez Rescaniere

| 1

José Jesús Villa Pelayo ha fabricado un delicadísimo molino con oruga de plata donde introduce y hace guiar los castillos y las amantes, los paisajes de hilo y el simple aire.

Salen de allí haciendo figuras de sí mismos, pero siendo a la vez más finos.

Y están fracturados. O mejor aún, son dibujos de sí mismos, en hilo metálico. Hablemos de la piedra. Partículas apretadas por la geología salen trocadas en materia suave, posible e inédita. Y con el mismo solo acto de la palabra puesta a continuación de la palabra se trabajan los musgos negros, la sangre en hilos, la penumbra que tiembla cruzada por un alambre de luz bajo el último techo de un palacio de Escocia. Volviendo a las piedras, de una piedra puede manar el rostro de Dios si se cree:

*“...en el tótem que manó de las rocas/
y en el maná negro de la voz del universo”*

Si fuera a definirse la poética que está en *Una hiedra negra para Sashne*, el primer libro de Villa Pelayo y centro de este apunte, se debería decir que la mirada asigna a las cosas roles nuevos, les confiere actos imposibles y que allí está la virtualidad de esta poesía, su capacidad de revelación. Eso es verdad. Pero hay más que técnica en la cosa. Hay un creer-con-éxtasis-para-crear-con-éxtasis. Técnica mística, trance vivido y por ello transmitido al lector. Hablo de creer en Dios y de que El, movido por esta caricia, pone la columna jónica sobre la superficie de las aguas y pone la guerra que la derrumba y la hace hundir.

El alma lee la escenografía y la desrealiza por toque poético, no por truco de intelectual. Tal vez, claro está, si intentos aclaradores como éste, y otros más inteligentes, lograsen poner en fórmulas esta emoción, ello pasaría a ser un truco. Pero eso está en el porvenir. Es que decir, recodificación es hacer lenguaje clínico, es como habar de proceso masticatorio, insalivación e ingestión para nombrar el delicioso hacer que se hace en la *Tour d' argent* de París o simplemente delante de un humeante cocido gallego de restaurant de Sabana Grande. Apelando, de todos modos, a la reducción descriptiva, señalo que hay una realidad real que es narrada por el autor. Esta sería la presencia de unas rubias damas de una Escocia de medioevo, de ciertos caballeros de

verdad, de los que van a caballo, de ciertos campos helados y de algún desierto en el Medio Oriente. Y hay, como dato real también, un Dios que está hablando y ama a una o todas las mujeres de largo cabello amarillo. (Si es una, es menuda y los huecos de su nariz son de color rosa). Hasta aquí la realidad. Pero cada verso virtualiza el castillo o el cabello, lo pasa por la muesca más afilada del molino poético, que es la voz de Dios, punto de vista narrativo. Esa voz puede, entonces y sin violencia de su lógica, decir que algo “*quiebra láminas de piedra*” o decir de un “*cometa de flancos esmeralda*” o fornicar, acto que es escándalo, puesto a Dios, no a un dios griego, que alegremente lo haría sino a un pálido dios británico, judío y protestante. Fornicación:

“Hice cristales de oro para que te miraras en ellos”/ “Es cierto que desee a tu hija, pero ¿quién no desearía a la hija del sol?”

Aquí las mujeres dibujan cruces intrincadas de caminos dentro de ánforas, las multitudes hacen reyes y suceden cosas de prodigio como realistas: “*engullí al mirlo que serviste a la mesa*”

La poesía de este autor no está en una peculiar capacidad de evocación de las palabras, tampoco en una lucidez especial de ellas para decir la realidad de una manera nueva, al estilo de Borges, por ejemplo. Lo que pasa es que la

realidad ha sido mejorada. José Jesús Villa Pelayo es panteísta de vocación.

Nueva York, el otro libro de José Jesús Villa Pelayo, corre por las calles de Nueva York, naturalmente. Y dice de praderas amarillentas y de voces caídas desde el piso 14 de un edificio de Manhattan. Otro ambiente es el bíblico, cosa muy de los Estados Unidos. No es los de “Dinastía” pero sí del país de William Faulkner o de la versión de cine (producción de Francis Ford Coppola) de *El Gran Gatsby*. La biblia en *Nueva York* no está en la vociferación de hombres con barba de tres días como en los ejemplos citados, su tratamiento es a base de sobretodo, por decirlo así.

Hay un ámbito prerrafaelista aunque no suceda en ningún verso que el momentáneo retiro del paño que cubre un altar nos haga sorprender el ángel en acto de inclinarse hacia María para hacerle la anunciación. Elementos mediorientales aparecen tocados por la voz poética pero, a diferencia de *Una hiedra negra para Sashne*, están cubiertos por una pátina de frío.

Aunque *Una hiedra negra para Sashne* se editó primero, en *Nueva York* aparecen, digamos, en tosquedad y ensayo, los acentos que allá serán ilustres.

